LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX

Ana María Freire

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Estado de la cuestión

Cuando al lector actual se le mencionan en un mismo contexto los conceptos de Guerra de la Independencia y Literatura, ordinariamente piensa en Benito Pérez Galdós. Los *Episodios Nacionales*, leídos o no, suelen ser un referente para el gran público, que asocia los títulos de la primera serie (*El 19 de marzo y el 2 de mayo, Bailén, Napoleón en Chamartín, Zaragoza, Gerona, Cádiz, Juan Martín el Empecinado, La batalla de los Arapiles*) y *El equipaje del rey José,* primero de la segunda serie, con los sucesos de aquella contienda.

La Guerra de la Independencia como materia novelesca en particular no ha interesado a los investigadores. Se han referido a ella, como a tantos otros acontecimientos de nuestro pasado, quienes han estudiado la novela histórica, en particular la del siglo XIX, y casi siempre con Galdós como punto de referencia.

Cuando, en 1909, publicó Antonio Balbín de Unquera un artículo en la *Revista Contemporánea* sobre «Novela y novelistas históricos en España»[1] no tenía intención de ser exhaustivo. Únicamente quiso hacer unas calas en varios autores, de los que el último era Benito Pérez Galdós, que aún vivía. Cuando se refiere a sus *Episodios Nacionales,* no recuerda Balbín ningún precedente literario, a excepción de una serie de artículos que, a mediados del siglo XIX, había publicado Fernández

[1] Balbín de Unquera, Antonio, «Novela y novelistas históricos en España», *Revista Contemporánea,* CXXXI, oct. 1905, pp. 385-407.

Villabrille en el *Museo de los Niños,* bajo el título colectivo de «Historia de España recreativa», que, según comenta, nada tenía de parecido con los *Episodios Nacionales.*

Pasados los años, Narciso Alonso Cortés publicó un artículo, «Precursores de Galdós»[2], en el que, a pesar del ambicioso título, sólo se refiere a una novela, *Memorias de un liberal: Fernando el Deseado* (1859), en la que el narrador transcribe el relato de su vida que su padre, un antiguo liberal, hace a sus hijos en sus últimos días. No supone Alonso Cortés que Galdós imitara esta novela; admite que tal vez ni siquiera la conoció. Sólo apunta que los hechos a los que se refiere coinciden con algunos de los que Galdós trató en sus primeros *Episodios Nacionales.*

Cuando Guillermo Zellers se ocupó, en 1938, de *La novela histórica en España, 1828-1850*[3], extractando el contenido de un buen número de obras, sólo incluyó en el cuerpo del trabajo dos relativas a la Guerra de la Independencia, sin prestar una atención especial a este período histórico. Se trata de *La española misteriosa o el ilustre aventurero,* de Casilda Cañas de Cervantes, y de *El Dos de Mayo,* de Juan de Ariza.

Tampoco la sugerente obra de Antonio Regalado García, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912*[4], singulariza la Guerra de la Independencia cuando se refiere a los posibles antecedentes literarios de los *Episodios Nacionales,* que el autor encuentra, antes que en la narrativa, en el drama histórico romántico, que Galdós admiró en su juventud, y que estaría en el origen de su interés por la historia llevada a la novela. De modo semejante, la pintura de historia, herencia del Romanticismo, le habría ayudado a visualizar escenas y temas que desarrolló en los *Episodios Nacionales,* como ya había señalado, entre otros, Hinterhauser. Según Regalado, las fuentes de los *Episodios Nacionales* que más importan fueron «las incitaciones de tradición y ambiente con que Galdós contó para concebir y llevar a término su obra»[5]. Pero, aunque admite de modo genérico que Galdós también debió de conocer novelas históricas del período romántico, que le sirvieron «para aprender de sus aciertos y de sus errores», en lo relativo

---

[2] Alonso Cortés, Narciso, «Precursores de Galdós», en *Quevedo en el teatro y otras cosas,* Valladolid, 1930, pp. 121-127.

[3] Zellers, Guillermo, *La novela histórica en España, 1828-1850,* New York, Cuba-Ucar, García y Cía., 1938.

[4] **Regalado** García, Antonio, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española (1868-1912),* Madrid, Ínsula, 1966, 2 vols.

[5] *Ibíd.,* p. 177.

a la Guerra de la Independencia sólo se detiene en *El Dos de Mayo* (1845), para establecer las notables diferencias entre el tratamiento de ese acontecimiento histórico por su autor, Juan de Ariza, y por Galdós en el *Episodio* titulado *El 19 de marzo y el 2 de mayo*.

Por lo que he podido averiguar, fue M.ª Isabel Montesinos la primera que, en 1977, se ocupó de la Guerra de la Independencia, en sí misma, como materia novelesca, en su artículo «Novelas históricas pre-galdosianas sobre la Guerra de la Independencia»[6]. Esta novedad en el enfoque puede considerarse el mayor mérito de su trabajo, menguado por algunas afirmaciones erróneas y por otras inexactas. Su trabajo consiste en las recensiones de seis novelas sobre la Guerra de la Independencia publicadas antes de 1870.

Después de ella, y también con la inevitable referencia a Galdós, Antonio Ferraz Martínez dedicó su tesis doctoral a *La novela histórica contemporánea del siglo XIX anterior a Galdós (De la Guerra de la Independencia a la Revolución de Julio)*[7], centrada cronológicamente en los años anteriores a los que había investigado Antonio Regalado. A su pesar, tuvo que dejar al descubierto la etapa crucial —también desde el punto de vista literario— entre las dos revoluciones, la de julio de 1854 y la de septiembre de 1868, en cuanto a la publicación de novelas históricas de tema contemporáneo. Dentro de su tesis de doctorado la Guerra de la Independencia es un tema más —se ocupa de ocho novelas ambientadas en ella—, que le sirve como término *a quo* o punto de partida de su estudio, pero a la que, debido al planteamiento de su trabajo, no dedica un capítulo, ni siquiera un epígrafe en particular.

No puedo dejar de mencionar los trabajos de Juan Ignacio Ferreras sobre la novela histórica, aunque en ninguno de ellos tiene protagonismo especial la Guerra de la Independencia[8].

---

[6] M.ª Isabel Montesinos, «Novelas históricas pre-galdosianas sobre la Guerra de la Independencia», en AA.VV., *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1977, pp. 9-48.

[7] Ferraz Martínez, Antonio, *La novela histórica contemporánea del siglo XIX anterior a Galdós (De la Guerra de la Independencia a la Revolución de Julio)*, Madrid, Universidad Complutense, tesis doctorales, 1992.

[8] La obra de Madeleine de Gogorza Fletcher, *The Spanish historical novel 1870-1970 (A study of ten Spanish novelists, and their treatment of the «episodio nacional»* (London, Tamesis Books, 1974) no interesa para este trabajo, pues el primero de los diez novelistas estudiados es Pérez Galdós, siendo los siguientes Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Sender, Max Aub, Gironella, Ignacio Agustí, Cela y Juan Goytisolo.

Propósito

Mi interés por la literatura durante la Guerra de la Independencia, de la que me he ocupado durante años[9], ha dejado paso, en la proximidad del bicentenario, al que me despierta saber cómo la literatura —el teatro declamado y el lírico, la novela y la narrativa breve y, en menor medida, la poesía— transmitió aquellos sucesos después de la terminación de la contienda[10].

Por lo que se refiere al género novelesco, me costaba admitir que, a la vista de las numerosas obras dramáticas sobre la Guerra de la Independencia que jalonan el siglo XIX, no existiesen más novelas que las mencionadas por los estudiosos de la novela histórica. El resultado de mis pesquisas, después de descartar varias obras por razones que expondré, ha sido un *corpus* de veintiuna novelas, publicadas entre 1814 y 1914, en las que la Guerra de la Independencia está presente de distinta manera y en distinto grado[11]. Dejo de lado ahora, como decía, relatos novelescos que abarcan amplios períodos, en los cuales está incluida la Guerra de la Independencia, como *El Gil Blas del siglo XIX*[12] (1844-1845), *De Godoy a* Sagasta[13] (1876) o la *Colección de narraciones históricas sobre sucesos ocurridos en nuestra patria, escritas en forma de novela*[14] (1882), para centrarme en obras que tienen como asunto, única y exclusivamente, la Guerra de la Independencia.

---

[9] La mayor parte de los trabajos está ahora recogida en Ana Mª Freire López, *La literatura española entre la Ilustración y el Romanticismo (La huella de la Guerra de la Independencia en la literatura española)*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2008.

[10] Véanse: Ana M.ª Freire, «La Guerra de la Independencia en el teatro lírico español (1814-1914)», en Actas del Congreso Internacional *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, Universidad Pública de Navarra, 21-24 de noviembre de 2007 (en prensa), y Ana M.ª Freire, «El conflicto de 1808 en el teatro español (1814-1914)», en Actas del Congreso Internacional *Bicentenario de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Instituto de España, 7-9 de mayo de 2008 (en prensa).

[11] Por un motivo cronológico no me ocupo aquí de *El héroe y las heroínas de Montellano*, Valencia, Benito Monfort, 1813, de la que, además, tratará una comunicación de este congreso.

[12] D. J. F. G. G. S. y T., *El Gil Blas del siglo XIX, cuyas aventuras comienzan con la Guerra de la Independencia y continúan con lo acaecido en España hasta el año de 1844*, Madrid, Imp. de Z. Boix, 1844-1845, 4 tomos en 2 vols.

[13] Milá de la Roca y Guilla, José Nicasio, *De Godoy a Sagasta: novela histórica de la revolución española*, Barcelona, Est. Tip. de José Miret, 1876.

[14] Martínez y Domingo, Antonio, *Colección de narraciones históricas: sobre sucesos ocurridos en nuestra patria, escritas en forma de novela*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1882.

Mi propósito es aportar algo a la historia de nuestra literatura, pero también me interesa destacar cómo se transmitió determinado período histórico —sucesos, personajes— a través de la novela, que por eso se ha llamado histórica, aunque el término ha sido objeto —con razón— de diversas matizaciones. Me fijaré sobre todo en la transmisión literaria, novelesca, de esa parcela de nuestra historia que es la Guerra de la Independencia, y de sus protagonistas.

En el desarrollo de mi trabajo he seguido el orden cronológico, que hace posible advertir tanto una evolución de los estilos literarios como un paulatino incremento de la presencia de los hechos históricos, como si el foco se fuera acercando cada vez más a ellos con el transcurso de los años. En las novelas anteriores a la muerte de Fernando VII predomina, en general, lo novelesco sobre lo histórico (aunque lo histórico sea el marco), pues, curiosamente, las obras en que menos protagonismo tienen en sí mismos los acontecimientos de la Guerra de la Independencia son aquellas más próximas a ella en el tiempo. A éstas me referiré en primer lugar.

Lo novelesco sobre lo histórico

La más antigua es *Sor Inés* (1815), en la que la Guerra de la Independencia ha terminado antes de que comience la acción de la novela, aunque los sucesos de ésta son consecuencia del conflicto bélico. Fray Vicente Martínez Colomer (1762-1820), su autor, que vivió la guerra, tiene en esta novela un claro propósito moral —por otra parte, muy de la época—, que ya presidía su producción narrativa anterior. La protagonista de esta novela corta —106 páginas—, doña Isabela Trilles, que resultará ser sor Inés del Espíritu Santo, contará, ya avanzada la novela, cómo los franceses hicieron prisioneros a sus padres, acusados de traición por tratar con el ejército español, y cómo a ella la pretendía un coronel de caballería francés, al que esquivó con ayuda de sus criados, refugiándose, con ellos y con su tía, en la casa de campo de un conocido y cambiando todos de identidad. Ahora que los franceses han evacuado la península, que sus padres han quedado en libertad y que los frailes y monjas pueden volver a sus conventos, ella regresará al claustro.

Tampoco el autor de *Voyleano o la exaltación de las pasiones* (1827) se propuso como objetivo primordial la recreación de acontecimientos de la Guerra de la Independencia en forma de novela. El propósito de Estanislao de Kostka Vayo (1804-1864) fue la pintura de un carácter

afectado por los males que provocó en Europa el *Werther* (1774) de Goethe y, según confiesa, enlazó el origen de la Guerra de la Independencia con su fábula, para hacerla más verosímil. Lo prioritario para él es la creación del personaje protagonista, que muere trágicamente, fusilado por los franceses, después de una vida exaltada, y de un posterior intento de regeneración y de fidelidad a la patria.

Aunque todavía prevalece lo novelesco sobre lo histórico, *Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza* (1831) es la primera novela en que un acontecimiento de la Guerra de la Independencia —en este caso el segundo sitio de Zaragoza— pasa al primer plano de la acción (y al título de la novela), entretejido con el argumento de ficción. Atribuida a Francisco Brotons (1786-¿?), valenciano como el protagonista, y que, como él, vivió la Guerra de la Independencia, la novela relata la historia de Ricardo, que, habiéndose escapado de su casa a los catorce años, encuentra en la carrera militar y, concretamente, en la Guerra de la Independencia, la oportunidad de llegar a ser un hombre del que puedan enorgullecerse sus padres —y su prometida— cuando, finalmente, regrese a casa.

También se atribuye a Francisco Brotons *Teodora, heroína de Aragón* (1832), subtitulada «historia de la Guerra de la Independencia o memorias del coronel Blok», que centra la acción novelesca en el primer sitio de Zaragoza. En realidad es una novela de aventuras, con muchos ingredientes de la novela romántica y de folletín. Más que la Historia (con mayúscula) importa al narrador «la descripción del carácter y hechos de la mujer más extraordinaria que verán los siglos» y dar, con la publicación de estas supuestas memorias, «un testimonio solemne del asombro con que admiré [sus] virtudes».

Muy novelescas son también —y sus títulos no engañan— *El monje negro* (1857), de Torcuato Tárrago Mateos, y *Aventuras de Damián el monaguillo* (1857), de José María Goizueta, subtituladas respectivamente, «novela histórica» y «episodio de la Guerra de la Independencia de la Península»[15].

Aunque a distancia de muchos años, se podría incluir en este primer grupo de novelas, en que lo histórico está supeditado a la trama novelesca, *El Avia y el Miño* (1890), que su autora, Eduarda Feijoo de Mendoza (1840-¿1903?), también llamó «episodio de la Guerra de la Independencia». Publicada en 1890, todas las características de esta

[15] El término «episodio», que aparece tempranamente, no debe hacer pensar en un relato breve, ya que esta novela tiene 651 páginas.

novela nos trasladan, sin embargo, a muchos años atrás, a los momentos centrales de la novela de folletín. Los hechos de ficción tiene lugar durante la época de la ocupación de Orense por los franceses, que quieren apoderarse de Rivadavia, donde habitan los protagonistas.

Una novela atípica

Una de las novelas sobre la Guerra de la Independencia más citadas por los investigadores es *La española misteriosa y el ilustre aventurero, o sean Orval y Nonui* (1833), de la murciana Casilda Cañas de Cervantes. El absolutismo de su autora y su fidelidad a Fernando VII impregnan esta obra que, según su autora, no tiene de novela más que el nombre, pues todos los hechos que en ella se relatan son históricos. Quienes no son históricos, sino alegóricos, son los protagonistas, cuyos nombres, alterando el orden de las letras que los componen, son Valor y Unión, y que son quienes sostienen a los españoles en la guerra contra los franceses. Estos personajes dan unidad a una novela que se desarrolla en distintos escenarios de la guerra, en España —simbólicamente Orval y Nonui contraen matrimonio en Bailén— y en el extranjero, pues Orval realiza un viaje por Europa, alentando a la lucha contra Napoleón.

Acontecimientos históricos novelados

La Guerra de la Independencia cobra mayor importancia en otro grupo de novelas centradas en sucesos bien definidos dentro de ella, con la intención, por parte de sus autores, de dar a conocer la Historia a través de la ficción.

El primero que abordó de forma novelesca los sucesos del Dos de Mayo de 1808 en Madrid fue Juan de Ariza en 1846. La idea de hacerlo, sin embargo, no fue suya, sino del editor Benito Hortelano, que lo cuenta en sus *Memorias*[16]. En un momento de auge de la novela histórica y de la novela por entregas, en *El Dos de Mayo* confluían

[16] «Llamé al literato D. Juan Ariza y le di el argumento para que escribiese una novela histórica con el título de *El Dos de Mayo*, en la cual se describiesen los acontecimientos de aquel célebre día» (*Memorias de Benito Hortelano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936, p. 118).

el propósito de afirmación nacional que presidía entonces la creación literaria y la posibilidad de un buen negocio. En efecto, la novela tuvo un gran éxito, gracias a una estudiada operación de *marketing* y a la habilidad del joven Juan de Ariza (1816-1876), que en un plazo muy breve —afirma Hortelano que «dos meses nada más se emplearon para todo»— concluyó esta novela de 525 páginas.

La intención de Pascual Riesgo y Soto (¿?-1882) en *El sol de Zaragoza* (1846), publicada en La Habana, fue inmortalizar de forma novelesca el primer sitio de Zaragoza. Para ello inventa una trama de ficción, pero no resiste la tentación de trasladar a su novela extensos párrafos —páginas enteras— de la *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, de Agustín Alcaide Ibieca[17], que interrumpen el curso de la narración y afectan al equilibrio estructural de la novela. El arte literario es muy inferior a la importancia de los sucesos que recrea.

Dos décadas más tarde, Manuel Vázquez Taboada elegiría los mismos asuntos que Ariza y que Riesgo y Soto para sus novelas, concebidas como un todo en dos partes, *El Dos de Mayo o Los franceses en Madrid* (1866) y *El sitio de Zaragoza* (1867).

En *¡Atrás el extranjero!* (1861), de Manuel Angelón (1831-1889), el hecho central es el sitio de Gerona y el heroico comportamiento de don Mariano Álvarez de Castro, personaje histórico convertido aquí en personaje literario.

A este grupo de novelas, casi todas muy extensas, dedicadas a acontecimientos concretos de la Guerra de la Independencia como el Dos de Mayo, Zaragoza, Gerona... (nombres que evocan los títulos de otros tantos *Episodios Nacionales*) pertenecen también las que tienen como asunto la destrucción de San Sebastián por el ejército británico, en 1813. Todas ellas fueron presentadas al concurso convocado en la ciudad por la Junta del Centenario, en 1913. Tanto en *Margari o El 31 de agosto* (1913), de Vicente Ferraz y Turmo, que obtuvo el primer premio, como en *1813* —es el título—, de Eufrasio Munárriz Urtasun, y en *María del Coro* (1913), de Práxedes Diego Altuna, los hechos históricos, apoyados en fuentes escritas y en testimonios orales, transmitidos de padres a hijos, importan tanto o más que la envoltura novelesca.

---

[17] *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón: con un suplemento*, por el cronista Agustín Alcaide Ibieca, Madrid, Imp. de M. de Burgos, 1830-1831.

Novelas sobre personajes históricos

Un último grupo de novelas lo forman aquellas que giran en torno a las hazañas de un personaje histórico, convertido en personaje novelesco[18].

En *La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre amazona de la Guerra de la Independencia* (1859), Carlota Cobo (1825-1892), la hija de Agustina de Aragón, quiere rendir tributo a la memoria de su madre, quien, según ella, le contó personalmente su propia historia. La novela, no sólo folletinesca (en sentido peyorativo), sino carente de cualquier valor literario, encierra, sin embargo, mucha más verdad histórica sobre la protagonista que cualquier otro texto conocido sobre este personaje[19].

Mejor es *El cura Merino o España en 1808* (1872), de Eduardo Zamora y Caballero (1837-1899), la primera novela que tiene como asunto la acción de las guerrillas a través de este personaje y de su partida, internándose en su mundo, tanto en campaña como en la vida privada[20]. Es una de las novelas más entretenidas del *corpus*, a pesar de sus 1.850 páginas, en dos volúmenes. El hilo conductor es el personaje histórico que le da título, y que está acompañado desde los inicios de la novela por dos personajes de ficción —dos jóvenes hermanos— que serán los primeros hombres que se incorporen a su guerrilla. La trama de ficción está bien trabada con los hechos históricos, interviniendo en éstos también los personajes literarios.

El valenciano Gaspar Thous y Orts escribió *El palleter* (1886), novela biográfica más que biografía novelesca, en memoria de su heroico paisano Vicente Domenech, y lo mismo hizo Vicente Blasco

---

[18] Considero que estas obras son novelas, a pesar de la distinción que establece Juan Ignacio Ferreras cuando afirma que, para que pueda hablarse de *novela histórica*, es necesario que, dentro de un universo histórico dado (la Historia con mayúscula, que no se puede cambiar), el protagonista sea un personaje de ficción, no histórico, pues en ese caso estaríamos ante una *historia anovelada*, pero no ante una *novela* (*Benito Pérez Galdós y la invención de la novela histórica nacional*, Madrid, Endymion, 1998, p. 210).

[19] Tanto es así que, a partir de esta novela, he podido llegar a la verdadera historia de Agustina de Aragón. Véase Ana Mª Freire López, «Historia y literatura de Agustina de Aragón», en Actas del *III Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX, Lectora, heroína, autora (La mujer en la literatura española del siglo XIX)*, Barcelona, PPU, 2005, pp. 115-125, ahora recogido en *op. cit.*, en nota 9.

[20] «La historia de la Guerra de la Independencia tendría que ser la historia de las guerrillas españolas, y ésa no la escribirá nadie. No hay escritor capaz de reunir todos los datos», afirma el protagonista (tomo II, p. 954).

Ibáñez (1867-1928) cuando, dos años después, publicó *¡Por la patria! Romeu* (1888), novela sobre la vida del famoso guerrillero saguntino José Romeu y Parras, que comienza en los momentos inmediatamente posteriores a la capitulación de Valencia, el 9 de enero de 1812, ante el ejército mandado por el mariscal Suchet. Preside estas novelas biográficas un deseo de fidelidad histórica, y contienen un mensaje patriótico, muy evidente desde el mismo título en la de Blasco Ibáñez.

En *Memorias de un liberal: Fernando el Deseado* (1859), la intención del autor (Diego López Montenegro o Víctor Balaguer[21]) es, por el contrario, más política que patriótica, en abierta defensa de la causa liberal.

Algunos rasgos comunes

Atendiendo al aspecto más externo —que tanto tiene que ver con su contenido—, un buen número de estas novelas fue publicado por entregas, la forma de difusión más popular y que más lectores tuvo en el siglo XIX, de la que se ocupó en un trabajo pionero el profesor Romero Tobar[22].

La expresión novela por entregas ha ido adquiriendo con el tiempo un sentido peyorativo generalizador, sin tener en cuenta las notables diferencias entre unas y otras, y sin que pueda equipararse en todos los casos calidad literaria y forma de publicación. No es necesario recordar que ya Ricardo Gullón calificó a los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós de «gigantesca novela por entregas»[23].

De esta forma se publicaron *El Dos de Mayo*, *El sol de Zaragoza*, *El monje negro*, *Aventuras de Damián el monaguillo*, *Memorias de un*

---

[21] Consta en una Advertencia que la novela había sido comenzada por una persona muy conocida, que se veía obligada a ocultar su nombre bajo el de Montenegro, pero que la continuó Víctor Balaguer, sin miedo a dar el suyo. No esconden los editores lo delicado de una obra como ésta, en la que, por rozar acontecimientos contemporáneos, ha estado en peligro la continuidad de su publicación.

[22] Leonardo Romero Tobar, *La novela popular española en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976.

[23] «Si dejamos de pensar en los *Episodios* como libros independientes y nos atenemos a la idea mencionada, a la idea estructural de la narración, encontramos una gigantesca novela por entregas, donde el interés novelesco no se busca inventando disparatados sucesos —según parece ser ley del subgénero—, sino presentando variamente los seleccionados como más propios para atraer al lector, y en el hilván anecdótico urdido para ligarlos» (Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Taurus, 1960, p. 60).

liberal: Fernando el Deseado, ¡Atrás el extranjero!, El Dos de Mayo o los franceses en Madrid, El sitio de Zaragoza, El cura Merino y *El Palleter.* Aunque actualmente todas ellas están encuadernadas, no suele faltar una advertencia, al comienzo o al final del volumen, indicando que el índice se dará con la última entrega, ni las consabidas pautas para la colocación de las láminas, pues, por lo general, estas novelas están ilustradas con numerosos grabados, que reproducen gráficamente los momentos claves de la narración, acompañados, al pie, con un breve fragmento del texto alusivo a la escena.

El estado en que se encuentra el ejemplar que he manejado de *La ilustre heroína de Zaragoza* y la reproducción en que he podido leer *Las ruinas de Santa Engracia* no me permiten asegurar que se publicaran por entregas, pero lo presumo por las muchas características que comparten con las novelas anteriormente mencionadas.

Las que, desde luego, no se publicaron por entregas fueron las anteriores a los años cuarenta y las más modernas, tanto la de Blasco Ibáñez sobre el guerrillero Romeu, como las presentadas al concurso convocado en San Sebastián por la Junta del Centenario, en 1913.

Estructuras novelescas

Debido a su carácter supuestamente histórico, la estructura de estas novelas suele ser lineal y episódica, entrelazando, con mayor o menor habilidad, los hechos verdaderamente sucedidos con la trama de ficción.

Excepto *Voyleano o la exaltación de las pasiones* y, por su propia índole, las falsas *Memorias del coronel Blok*, estas novelas están divididas en capítulos, cuyos títulos, en unos casos, evocan la forma de titular cervantina («De cómo encontró Tomás al ejército de Castilla la Vieja», en *El cura Merino*), y en otros son de un acusado romanticismo folletinesco («Noche sangrienta», «Martirio de un alma», en *El Avia y el Miño*).

Voyleano es una novela epistolar, dividida en dos partes. La primera está formada por las cartas de Voyleano a Gerónimo —fechada la primera el 2 de mayo de 1812— y las del cura a Voyleano, veintisiete en total. La segunda parte consta de veintidós cartas cuyos destinatarios y remitentes son diversos y que, junto a los anteriores, vienen a ser de algún modo personajes de la novela.

Como antes apunté, en *Teodora, heroína de Aragón* nos encontramos ante las supuestas memorias de Casimiro Rodolphe, un militar francés que, después de tres años de continuas victorias en los ejércitos imperia-

les, y desengañado en España de la causa por la que luchan sus compatriotas —y enamorado de Teodora—, adopta la identidad del fallecido coronel Blok y, pasados los años, escribe sus memorias. No acaba ahí el engaño —no lo es para el lector, que se sabe ante una novela—, porque, como era de esperar, el francés escribe las memorias en su idioma, y quien las entrega al público español es el traductor, con quien Rodolphe afirma que coincidió en Montpellier. Estamos ante el recurso cervantino del manuscrito ajeno, que también utilizará, aunque de otro modo, el autor de *Aventuras de Damián el monaguillo*. El narrador es en este caso un oficial que, en 1835 —en plena primera guerra carlista—, hubo de detenerse una noche con su asistente en una casa de labranza del país vasco. En la alacena de la habitación que le asignan encuentra un legajo que contiene las andanzas del abuelo de la señora de la casa durante la Guerra de la Independencia, y que ella, de buena gana, pone a su disposición. Lo original en este caso es que no transcribe el texto encontrado, sino que redacta la novela a partir de aquellos papeles, pues el manuscrito

> «...no era otra cosa que un cúmulo de fechas, notas y apuntaciones, ya de acciones de guerra, ya de sucesos acaecidos entre personajes cuyos nombres denotaban ser extranjeros en el país. [...] De todo este fárrago confuso de notas, fechas y apuntaciones; de todo este montón informe de noticias incoherentes, de nombres de personas, de nombres de ciudades, de nombres de montañas, cuevas, barrancos, torrentes, bosques y ríos; de todas estas escenas familiares unas, otras nacionales, por decirlo así, y de carácter grave y trascendental, deduje que era preciso coordinar todo aquello, quitar algo por inútil, adivinar mucho que faltaba para esclarecer los hechos, y formar al fin un todo homogéneo y completo que diese quizá por resultado algún drama interesante».

En todas las demás novelas, los autores recurren al narrador omnisciente, aunque no tal como esto se entiende en la novela realista de las últimas décadas del siglo XIX.

Prólogos y epílogos

Bastantes de estas novelas están precedidas de un prólogo, que en ocasiones ya es parte de la ficción novelesca. En *Teodora, heroína de Aragón* la inicial explicación del autor, lo mismo que las palabras del traductor, forman parte del argumento, porque explican, respec-

tivamente el porqué y la génesis de estas falsas memorias, y la razón por la que fueron traducidas al castellano. También forma parte de la ficción el prólogo de *Aventuras de Damián el monaguillo,* cuyo autor no es, en realidad, José M.ª Goizueta, sino el narrador, que explica en qué circunstancias encontró los papeles de los que se ha servido para la redacción de la novela. Del mismo recurso se vale el narrador —que no el autor— de *Memorias de un liberal: Fernando el Deseado* para explicar que su obra es, en realidad, el relato, redactado por él, de lo que su padre le contó durante sus tres últimos días, en el lecho de muerte. En fin, dando un amplio salto en el tiempo, lo que Vicente Ferraz y Turmo llama prólogo en su novela premiada, *Margari o el 31 de agosto,* no es tal, ya que consiste en los siete primeros capítulos de la propia novela que, por referirse a los antecedentes de lo sucedido en San Sebastián en agosto de 1813, el autor califica de prólogo.

Cuando éste no forma parte de la novela, no es raro que los autores lo dediquen a reclamar credibilidad hacia lo histórico de su relato, como hace Casilda Cañas de Cervantes en *La española misteriosa y el ilustre aventurero,* o Pascual Riesgo y Soto, que convierte el extenso prólogo de *El sol de Zaragoza* en un canto entusiasta y vibrante de patriotismo a la heroica ciudad, a sus habitantes y al heroísmo de la nación entera en su lucha contra el invasor.

Lo que no suele faltar en ninguna de estas novelas por entregas —y en las posteriores a ellas— es el epílogo o conclusión, en el que se da cuenta de lo ocurrido a los personajes novelescos, pero donde, sobre todo, se hace una recapitulación de los hechos históricos desde el momento en que concluyó, en el último capítulo, la trama de ficción. Carlota Cobo relata en el breve epílogo qué fue de Agustina de Aragón, desde el final de la guerra hasta su fallecimiento, en Ceuta, dos años antes de la publicación de la novela, trasladando desde el mundo de la ficción al mundo real, histórico, al personaje literario.

La conclusión de *Memorias de un liberal* consiste en una reseña histórica desde 1814 hasta el presente del narrador, en donde éste tiene la oportunidad de enjuiciar el comportamiento de Fernando VII desde su regreso a España, una vez terminada la guerra.

En *¡Atrás el extranjero!,* Manuel Angelón aprovecha el epílogo para referirse al cumplimiento de la profecía de Pitt[24], antes de trasladarse a 1860, para contar al lector lo ocurrido a los personajes novelescos.

---

[24] Según cuenta Angelón, a finales de 1805, durante la celebración de un banquete, el ministro británico William Pitt recibió noticia de la rendición del general

Más interesante, también desde el punto de vista literario, es el epílogo de *El cura Merino*. Eduardo Zamora y Caballero le dedica más de cien páginas, en las que, cincuenta años después de los hechos relatados en la novela, el protagonista de ficción, Juan Mendoza, cuenta a sus nietos y contertulios los años finales de la Guerra de la Independencia y la posterior historia de España, hasta 1860. Lo hace a lo largo de varios días, en reuniones que recuerdan las veladas literarias dieciochescas, en las que los personajes —como aquí— preguntaban e intervenían con sus comentarios, haciendo ameno lo que, de otro modo, resultaría pesado. La amenidad es uno de los objetivos de los autores de estas novelas, que buscan no sólo el arte literario, sino el negocio.

El juego literario llega al extremo en *Aventuras de Damián el monaguillo*, donde al epílogo siguen dos cartas, que una supuesta lectora de las primeras entregas habría enviado al autor de la novela, y que son el colofón perfecto para cerrar las historias amorosas.

No obstante, el deseo de credibilidad de los autores se manifiesta por medio de una serie de recursos (inserción de documentos, mención de fuentes, notas a pie de página, apéndices documentales...) que no impiden la idealización de las circunstancias, y que coexisten con elementos heredados de la literatura sensible del XVIII en las más antiguas, con los propios de la novela popular o de folletín en las novelas del medio siglo, y con recursos cercanos a la literatura realista en las más modernas.

La proximidad de la Guerra de la Independencia en el caso de *Sor Inés* (1815), e incluso de *Voyleano* (1827), exime a los autores de insistir en la historicidad de los acontecimientos, vivos todavía en la memoria de los lectores. Tampoco el autor de *Teodora, heroína de Aragón* hace especial hincapié en la mención de fuentes, ya que, al tratarse de las memorias del narrador, éste es el garante de los sucesos que relata.

Pero a partir de *Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza,* que trata del segundo asedio de la ciudad, no es raro que los novelistas aporten datos, nombres, cifras y fuentes. En esta novela, como en casi todas las que se refieren a los sucesos de Zaragoza, prestó a los autores

---

Mack en la batalla de Ulm y la marcha de los franceses sobre Viena. Sus invitados, en el colmo del desaliento, comentan que todo está perdido ante los ejércitos de Napoleón Bonaparte. Pitt, sin embargo, apunta que queda un recurso, «promover una guerra nacional en toda Europa y empezar esta guerra por España». Ante la extrañeza de quienes le escuchan, vaticina que «España será el primer pueblo que arderá en la llama de esa guerra patriótica que devolverá la libertad a Europa».

un servicio impagable la mencionada *Historia de los sitios de Zaragoza* de Agustín Alcaide Ibieca, publicada en Madrid en tres volúmenes en los años 1830-1831, aunque no todos logran con igual fortuna la imbricación de la historia con la trama de ficción.

Manuel Vázquez Taboada, que al final de *El Dos de Mayo o los franceses en Madrid* añade unas breves biografías —no novelescas— de Daoíz y de Velarde, inserta a lo largo de la novela documentos históricos, y en las notas a pie de página remite a fuentes como la *Historia de la Guerra de la Independencia*, de Miguel Agustín Príncipe, a la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, del conde de Toreno, a fuentes periodísticas, a las *Memorias* de O'Farrill y de Azanza, a cartas textuales, al *Memorial de la Artillería Española* y a tantas más. En alguna ocasión —en que lo que relata pudiera resultar más conflictivo— declina toda responsabilidad afirmando: «Desgraciadamente, y para que no se nos tache de osados, *nos ceñimos a la historia como la hiedra al fresno*», donde la cursiva es del autor.

Esto no significa que el lector deba creer cuanto estas novelas presentan como histórico. Recuerdo un párrafo del discurso de ingreso en la Real Academia Española de alguien que ya pertenecía a la de la Historia en donde comentaba que

> «...no hay cosa [...] que erice más el pelo a historiadores de pura cepa que la proliferación de las llamadas "novelas históricas", "historias noveladas" o relatos similares, en las que se utilizan *personajes reales históricos* como centro de la posible trama y a los que se atribuyen una serie de despropósitos, generalmente en una dirección que ayuda a fijar imágenes tergiversadas y tópicas del propio pasado, cuando no anacrónicas»[25].

En las de la Guerra de la Independencia escritas en el siglo XIX —me refiero ahora en particular a las novelas por entregas—, sin que se desfiguren los acontecimientos que verdaderamente sucedieron, éstos alternan con todos los recursos de la novela de folletín. En cuanto a las situaciones, no faltan las desapariciones y reencuentros, e incluso las resurrecciones de personajes a los que se creía muertos. La nocturnidad, las tormentas, la lluvia, en ciudad oscura o en descampados abruptos, completan con frecuencia el cuadro. Por lo que respecta

[25] Carmen Iglesias, *De Historia y de Literatura como elementos de ficción*, Madrid, Real Academia Española, 2002, pp. 139-140.

a los personajes de ficción, una caracterización tópica e hiperbólica, presidida por un maniqueísmo más o menos acusado; ocultaciones de personalidad y falsas identidades, embozados, malvados que resultan buenos, anagnórisis, y todo ello aderezado con aspavientos, lágrimas, desmayos y hasta locura. Los personajes históricos que aparecen en estas obras —continúo refiriéndome a las novelas por entregas— no son grandes personajes literarios; en general, carecen de relieve, de volumen, de complejidad psicológica, y responden al estereotipo que el lector conoce de antemano, y que espera. Estos personajes cubren una necesidad histórica dentro de las novelas, pero literariamente son, sobre todo, referentes que refuerzan la credibilidad de lo narrado.

Volviendo de nuevo al conjunto del *corpus* estudiado, hay que añadir que a las novelas ambientadas en la Guerra de la Independencia se incorpora, además, una nueva tipología de personajes. Son el y la patriota (con frecuencia personajes del pueblo), el héroe, la heroína, el militar español, el guerrillero, el afrancesado (a veces traidor), la afrancesada (que lo suele ser por amor), y el francés individual, frente al francés como personaje colectivo, entre los más destacados, de cuya caracterización no es difícil extraer unas características comunes, aunque, como en todo el contenido de esta ponencia, las peculiaridades individuales y los matices queden supeditados a la visión general[26].

El tono y el léxico utilizado en estas novelas son hijos, no sólo del respectivo autor, sino también de la época en que fueron escritas. Después del tono doctrinal y moralizante de *Sor Inés*, y de la búsqueda de sencillez y naturalidad en la expresión de que hace gala el autor de *Voyleano*, nos encontramos con el tono grandilocuente de *La española misteriosa y el ilustre aventurero*, que ya no desaparecerá en las novelas de las décadas centrales del siglo, acentuándose en algunas el tono épico, declamatorio e incluso exaltado. Ese tono grandilocuente impregna novelas escritas con más fervor patriótico que dotes novelescas, como *El sol de Zaragoza*, cuyo hilo argumental es entorpecido, además de con la inserción de textos ajenos, con disertaciones fervientes del autor. Todavía quiere ser épico el tono de *¡Atrás el extranjero!*, y el narrador, enardecido por la gesta que relata, cae en la ampulosidad que,

[26] Sobre este punto véase: Ana M.ª Freire, «La imagen literaria de los personajes históricos de la Guerra de la Independencia (1808-1914)», en Actas del Seminario Internacional Complutense *Vivir en tiempos de guerra: Gobierno, sociedad y cultura en la Península Ibérica*, Madrid, Universidad Complutense, 5-7 de marzo de 2008 (en prensa).

junto al didactismo ejemplarizante, lastran esta extensa novela de más de 1.000 páginas.

A partir de los años setenta, el tono de las novelas sobre sucesos de la Guerra de la Independencia se vuelve más sereno. Los recursos folletinescos más acusados han desaparecido ya en la obra de Blasco Ibáñez y en las novelas ambientadas en la destrucción de San Sebastián, publicadas en 1913. Si los encontramos todavía en *El Avia y el Miño* es porque se trata de una novela desfasada, trasnochada, si hemos de creer que fue escrita en 1890.

Conclusiones

En 1885, en el segundo y muy interesante prólogo a la edición ilustrada de sus *Episodios Nacionales*, Benito Pérez Galdós atribuía, en buena medida, el éxito de éstos a «la circunstancia, feliz para mí, de no existir en la literatura contemporánea novelas de historia reciente»[27]. Su intención al escribirlos había sido «presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas»[28]. Es posible que Galdós no hubiera conocido las quince novelas (de las veintiuna del *corpus* aquí estudiado) publicadas antes de 1873, año en que aparecieron en las librerías los cuatro primeros *Episodios Nacionales*. Con anterioridad a esa fecha se habían estrenado, además, dieciséis obras dramáticas sobre acontecimientos y personajes de la Guerra de la Independencia, que quizá tampoco conoció[29]. Pero es un hecho que la historia contemporánea venía abriéndose paso, desde hacía años, en la literatura española[30].

---

[27] *Apud* William H. Shoemaker, *Los prólogos de Galdós*, México D.F., Ediciones de Andrea, 1962, p. 56.

[28] *Ibídem.*

[29] De hecho, ninguna de estas novelas figura en el catálogo de su biblioteca: cfr. Sebastián de la Nuez, *Biblioteca y Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós*, Las Palmas, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, y, antes, Ch. H. Berkowitz, *La biblioteca de Benito Pérez Galdós*, Las Palmas, El Museo Canario, 1951.

[30] Es curioso observar que, en la misma página que contiene las afirmaciones anteriores, comenta Galdós que «por más que la generación actual se precie de vivir casi exclusivamente de sus propias ideas, la verdad es que no hay adelanto en nuestros días que no haya tenido su ensayo más o menos feliz, ni error al cual no se le encuentre fácilmente la veta a poco que se escarbe en la historia para buscarla». Incluso los *Episodios Nacionales*, podríamos añadir.

Bien es cierto que, ni en el caso de la novela ni en el del teatro, la Guerra de la Independencia como asunto literario cayó en manos de grandes autores[31], pero su popularidad fue indudable[32]. La mayoría de estas novelas forma parte de la *literatura popular*, y de algún modo también pertenecen a ella las cerca de treinta obras de teatro declamado y más de veinte zarzuelas ambientadas en la Guerra de la Independencia, estrenadas a lo largo del siglo XIX y hasta 1914. En todas ellas, y en un *corpus* menor en número de relatos breves, se mantuvo viva la memoria de aquellos sucesos, duros y gloriosos, y de sus protagonistas.

La importancia de Galdós es innegable, pero estriba en el *cómo* antes que en el *qué*. Galdós aportó un nuevo tono narrativo para tratar de aquellos sucesos, mezcla de realismo y naturalidad en la expresión, que, sin esconder el sentimiento patriótico, no cae en la grandilocuencia épica. No voy a ensalzar la obra galdosiana, porque no lo necesita. Es una obra sin igual, pero no sin antepasados, porque el mérito de Galdós no consiste en haber sido el primero, sino en haber sido el que mejor noveló —en lo que aquí y ahora nos atañe— la Guerra de la Independencia.

Corpus estudiado

Altuna, Práxedes Diego, *María del Coro: toma, saqueo y destrucción de la Ciudad de San Sebastián el 31 de Agosto de 1813*, San Sebastián, Martín Mena y Cía., 1913.

Angelón, Manuel, *¡Atrás el extranjero!*: novela histórica del tiempo de la Guerra de la Independencia, Barcelona, I. López Bernagosi, 1861.

Ariza, Juan de, *El Dos de Mayo*: novela histórica, Madrid, Hortelano y Compañía, 1846[2].

Blasco Ibáñez, Vicente, *¡Por la Patria! Roméu el guerrillero*, Valencia, Imprenta de *El Correo de Valencia*, 1888.

[31] A excepción de Galdós, los autores que suelen considerarse canónicos (Pedro Antonio de Alarcón, Gustavo Adolfo Bécquer, el padre Luis Coloma, Emilia Pardo Bazán...) se ocuparon de la Guerra de la Independencia en obras pertenecientes a la narrativa breve.

[32] Algunas de las novelas mencionadas tuvieron ya en el siglo XIX una segunda edición en volumen, después de su difusión por entregas. Se han reeditado en fechas relativamente recientes *Aventuras de Damián el monaguillo* (Echevarri, Vizcaya, Amigos del Libro Vasco, 1984) y *¡Por la patria! Romeu*, de Blasco Ibáñez (Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2001).

Brotons, Francisco (atribuida), *Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza*: novela histórica original, Valencia, Cabrerizo, 1831.

Cañas de Cervantes, Casilda, *La española misteriosa y el ilustre aventurero, o sean Orval y Nonui*: novela histórica original, Madrid, León Amarita, 1833.

Cobo, Carlota, *La ilustre heroína de Zaragoza o La célebre Amazona en la Guerra de la Independencia:* novela histórica, Madrid, Santiago Aguado, 1859.

Feijoo de Mendoza, Eduarda, *El Avia y el Miño*: episodio de la Guerra de la Independencia, Lugo, Tip. de G. Castro, 1890.

Ferraz y Turmo, Vicente, *Margari o el 31 de agosto*, San Sebastián, Martín, Mena y Cía., impresores, 1913.

Goizueta, José María, *Aventuras de Damián el monaguillo:* episodio de la Guerra de la Independencia de la Península, Madrid, Establecimiento Tipográfico de A. Vicente, 1857.

López Montenegro, Diego (y Víctor Balaguer), *Memorias de un liberal: Fernando el Deseado,* Barcelona, Sans y Comp[a], 1859.

Martínez Colomer, Vicente, *Sor Inés,* Valencia, Francisco Brusola, 1815.

Munárriz Urtasun, E., *1813*: novela histórica basada en el sitio de San Sebastián, Madrid, Est. Tip. de Juan Pérez Torres, 1913.

Riesgo y Soto, Pascual, *El sol de Zaragoza*: novela histórica, Habana, R. Oliva y Cía., 1846.

Rodolphe, Casimiro (seudónimo, quizá, de Francisco Brotons), *Teodora, heroína de Aragón: historia de la Guerra de la Independencia, o Memorias del coronel Blok (...),* Valencia, Cabrerizo, 1832.

Tárrago Mateos, Torcuato, *El monje negro*, novela histórica original, Madrid, D. Miguel Prats, editor, Imp. de Cipriano López, 1857.

Thous y Orts, Gaspar, *El palleter*: novela histórica: episodios de la Guerra de la Independencia, Valencia, Imp. de la Viuda de Amargós, 1886.

Vayo, Estanislao de Kostka, *Voyleano o La exaltación de las pasiones,* Valencia, Mompié, 1827.

Vázquez Taboada, Manuel, *El dos de mayo o los franceses en Madrid*: novela histórica, Madrid, Murcia y Martí Editores (Imprenta de la Galería Literaria), 1866[2].

Vázquez Taboada, Manuel, *El sitio de Zaragoza*: novela histórica original, Madrid, Murcia y Martí Editores (Imprenta de la Galería Literaria), 1867 [¿1864?].

Zamora y Caballero, Eduardo, *El cura Merino (España en 1808)*: novela histórica, Madrid, Biblioteca Universal Ilustrada, 1872.